

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum Non praevalent*

Edición para Panamá

Ciudad del Vaticano, 2 de agosto de 2020



Solo  
la solidaridad  
podrá acabar  
con el  
virus

Monseñor Luigi Mistò subraya la lógica solidaria

# La persona en el centro de un servicio

En la base de la actividad del Fondo de asistencia sanitaria para los trabajadores de la Santa Sede

ALESSANDRO DE CAROLIS

Se ha publicado la noticia del nombramiento por parte del Papa Francisco del nuevo director del Fondo de asistencia sanitaria (FAS) para los trabajadores de la Santa Sede, en la persona del profesor Giovanni Battista Doglietto, que ya desde hace tiempo trabajaba junto al saliente Stefano Loreti. El cambio de guardia representa una buena ocasión para recordar qué es el FAS, hablando de ellos con su presidente, monseñor Luigi Mistò.

*En primer lugar, ¿qué es el FAS?*

Es el ente que provee la asistencia sanitaria para el personal en servicio y los jubilados, de la Curia romana, de la Gobernación del Estado de la Ciudad del Vaticano y de los entes gestionados administrativamente de forma directa por la Santa Sede, también de los que no tienen sede legal en el Estado de la Ciudad del Vaticano. El FAS financia las prestaciones sanitarias de forma directa e indirecta.

*¿Cómo funciona el Fondo?*

Quisiera, si es posible, encuadrar ante todo un principio fundamental. Me gusta utilizar una imagen recurrente del Papa Francisco para afirmar que la enfermedad es la "periferia existencial" donde todos, antes o después, directamente o a través de un ser querido, pasan. El FAS, por eso, aun con la debida atención a los perfiles de sostenibilidad económica, deberá absolutamente tener siempre en el centro la persona del enfermo haciéndole sentir todo el cuidado y la ternura que necesita. El Fondo responde a una solicitud solidaria entre todos los trabajadores de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano. Se trata de una solicitud que se funda sobre la doctrina social de la Iglesia, por la cual el principio regulador de la vida social es una relación de amor recíproco y ayuda. La Santa Sede y el Estado de la Ciudad del Vaticano son una comunidad de trabajo que en primer lugar debe dar testimonio en la aplicación práctica de esto.

*¿Qué significa concretamente lo que acaba de decir?*

Significa que todos están llamados a contribuir en proporción a la propias posibilidades y, por tan-

to, un porcentaje a la propia retribución para garantizar los recursos necesarios para hacer frente a enfermedad que puede golpear a cada uno de ellos o a los propios familiares. La devolución de los gastos médicos no está de hecho limitada a la contribución que cada uno ha dado, sino que está garantizado en cada caso. Significa que hay personas que no se enferman nunca y pagan igualmente. Otras, menos afortunadas, se enferman y los cuidados, en algunos casos, cuestan más, también mucho más, de lo que han dado. En tal caso se usan las contribuciones de quien, por fortuna, se enferma menos. Esta es la solidaridad. Después existen correcciones al sistema: para algunas prestaciones se pide a quien las usa que pague una parte para evitar desequilibrios excesivos.

*Un sistema utilizado no solo por la Iglesia sino más bien difundido...*

Sí, este sistema, precisamente de la doctrina social de la Iglesia, es adoptado por muchos Estados, como testimonio de la bondad del principio mismo. Tanto es verdad que la Santa Sede el 16 de junio del 2000 estipuló con la República italiana una «Convención de seguridad social» que interesa a sus trabajadores que en la mayor parte son ciudadanos italianos o que residen en Italia. Así el FAS es autoridad competente para proveer a la tutela y a la seguridad sanitaria de sus trabajadores, también en caso de enfermedad profesional o accidente de trabajo.

*La cuota de inscripción en el FAS se puede definir como una "tasa"?*

Es impropio definir de esta manera la cuota de inscripción, cuyo objetivo es la realización de la recíproca tutela y asistencia de los inscritos, fundamento del principio de la mutualidad. La cuota está unida a la solicitud solidaria, por la que cada trabajador de la Santa Sede contribuye a la tutela de la salud de todos los demás.

*¿Puede decirnos cuál es la situación de las cuentas del FAS?*

En el 2017, al finalizar un quinquenio caracterizado por dinámicas de crecimiento de los costes no



sostenibles a largo plazo, se ha iniciado por parte del nuevo Consejo de administración un proceso de reforma basado en criterios de eficiencia, transparencia y uso virtuoso de los recursos económicos disponibles, con el fin de garantizar la sostenibilidad futura del Fondo sin incidir en ningún modo sobre la cualidad de las prestaciones erogadas a los inscritos. Gracias a esta reforma, en el mismo 2017 se obtuvieron ahorros de unos 3,6 millones de euros respecto al ejercicio precedente, y en 2018 un ahorro ulterior, respecto al 2017, de 1,4 millones de euros. Esto permitió la restitución a las administraciones de la Santa Sede y del Estado de la Ciudad del Vaticano de más de 5 millones de euros.

*¿Son ahorros obtenidos gracias al aumento del precio del ticket que pagan los trabajadores por las prestaciones?*

Ciertamente no. La revisión de las cuotas de participación al gasto, el llamado ticket, aprobada por el Consejo de Administración del FAS el 25 de octubre de 2017 y en vigor desde el 1 de junio de 2018 no ha influido.

De hecho, los tickets cobrados en ventanilla pasaron de 302,000 euros en 2017 a 497,000 euros en 2018, con un aumento de solo 195,000 euros; frente a un gasto sanitario superior a 20 millones de euros.

*¿El FAS posee capitales o hace inversiones?*

El FAS no tiene capital patrimonial y lleva a cabo su actividad en beneficio de los inscritos utilizando exclusivamente las contribuciones pagadas mensualmente por las administraciones de la Santa Sede y el Estado de la Ciudad del Vaticano. El balance debe necesariamente cerrarse en equilibrio, por lo tanto, no es posible la realización y provisión de ganancias de balance. Todo lo ahorrado respecto al presupuesto aprobado no puede ser retenido y / o destinado a inversiones de ningún tipo, sino que debe devolverse a las administraciones que financian el Fondo.

ANDREA MONDA  
Director

SILVINA PÉREZ  
Responsable de la edición semanal

Edición para Panamá

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA  
*Unicuique suum Non procealebant*

Ciudad del Vaticano  
www.osservatoreromano.va

Via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono 39 06 698 99410, ed.espanola@ossrom.va Servicio fotográfico photo@ossrom.va

Panorama Católico  
Productor ejecutivo  
redaccion@panoramacatolico.com

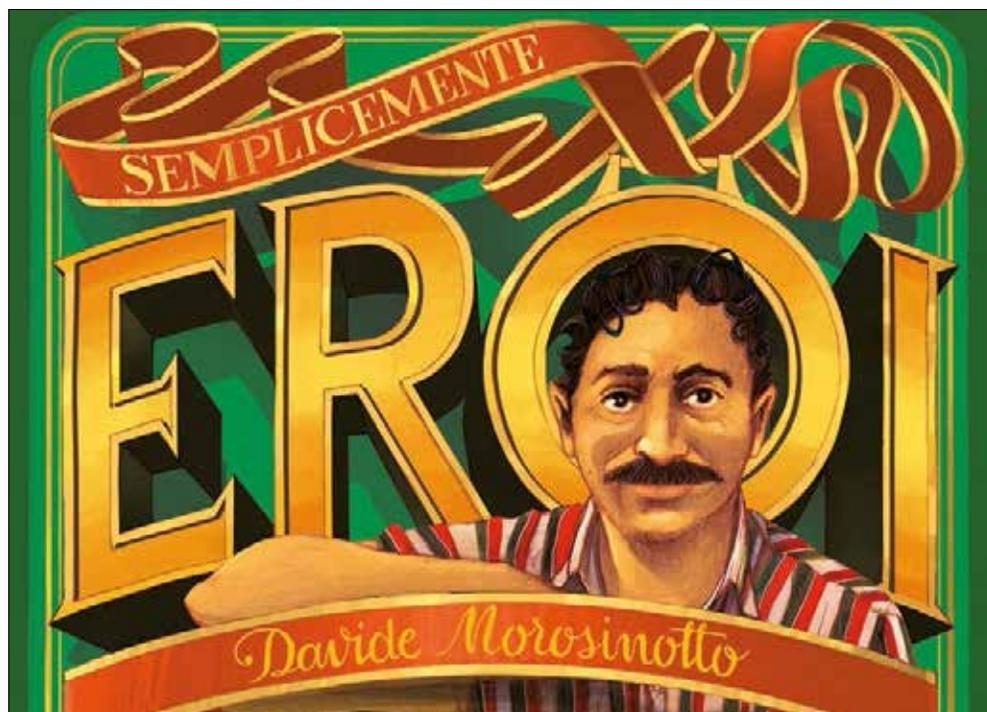
TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

SILVIA GUSMANO

«Este es un libro que termina mal, el 22 de diciembre de 1988, en Xapuri: un pequeño pueblo de Brasil en medio de la selva amazónica. Visto desde lo alto es solo un puñado de chozas nacidas donde un río con el mismo nombre, el Xapuri, se funde con otro mucho más grande: el Acre. Es un lugar perdido, difícil de alcanzar y de aquí es difícil escapar. Precisamente por esto, es un lugar donde la ley no llega. Y la palabra “justicia” pierde su significado. Este es un libro que termina mal el 22 de diciembre de 1988. Pero empieza un poco antes. Con una familia. Y un traslado a la selva».

Está dedicado a Chico Mendes (1944-1988) el nuevo volumen de la serie «Simplicemente Héroe» de Einaudi Ragazzi *Chico Mendes, defensor de la Amazonia* (Trieste, 2020, 128 páginas, 10 euros), dedicada a historias verdaderas y fuertes de mujeres y hombres, modelos de nuestra época.

La vida del sindicalista y activista brasileño, gran paladín de la Amazonia y de los pueblos que allí viven, desplegado en primera línea contra la avaricia de criminales dispuestos a quemar el planeta solo para obtener beneficios, es contada por Davide Morosinotto, ya autor de las biografías de Franco Basaglia y Peppino Impastato.



Chico Mendez, defensor de la Amazonia

## A pleno pulmón

La historia se narra a través de la voz y la mirada de Zuza, un jovencísimo recolector de caucho que se muda con su familia a la selva.

Y la selva es la primera gran protagonista de esta historia. La selva con sus animales y colores, con sus estaciones, su vegetación, un conjunto de vida y de vidas que sobrevive gracias y a través de la presencia armónica de todos los elementos. Zuza aprende secretos y peligros, potencialidades y trampas, pero sobre todo aprende el inmenso valor de esta selva que permite al mundo entero respirar. Son de hecho los árboles –descubre el niño– los que fabrican el aire y producen oxígeno, dando a los hombres la posibilidad de vivir.

Entre los árboles de la selva, el del caucho es el que garantiza el sustento de la familia de Zuza: las páginas de Morosinotto ofrecen a los jóvenes lectores una visión interesante de cómo se obtiene un elemento de uso cotidiano. «Este es un árbol del caucho, –explicó el papá–. Justo debajo de la corteza fluye el látex, que es lo que tenemos que recoger nosotros y que al final de la estación iremos a vender a Xapuri» (...). Zuza pensó en la rueda de un camión, y miró el árbol que estaba cerca de él. Era increíble que las dos cosas pudieran estar unidas».

Pero el pulmón verde del planeta, tan precioso y vital, está amenazado por hombres poderosos que para obtener beneficio no dudan en destruirlo. Y a pisotear a quien vive gracias a él en el más profundo respeto de los equilibrios de la naturaleza.

Zuza descubre la violencia sin escrúpulos, la opresión, el odio por el débil, pero descubre también que existen personas que no inclinan la cabeza.

Porque es en la selva que el niño conoce a un hombre, que aun habiendo vivido en condiciones de semiesclavitud, ha aprendido a leer, a entender lo que leía, a comprender el significado de palabras como justicia y derechos, y a luchar por verlas aplicadas.

Creando el sindicato Chico Mendes, que ha estado entre los que han llamado la atención del mundo sobre la Amazonia, ha dado a los habitantes de la selva una dirección, un sentido de pertenencia, un objetivo común, la fuerza que viene del sentirse parte de una comunidad en lucha y en camino – y junto a todo esto un ambulatorio y una escuela («Zuza aprendió que cada garabato del libro se correspondía con un sonido. Y que los sonidos puestos juntos formaban las palabras.

Era una invención extraordinaria, una magia. Bastaba con conocer las letras para después crear todas las palabras del mundo. Y con las palabras llegan nuevas ideas. Nuevos pensamientos»).

Porque lo que Mendez enseña es el valor de la responsabilidad personal hacia los propios hijos, y hacia las generaciones futuras. El deber de defender «el derecho de crecer y trabajar y quedarse en la selva (...). Es por eso que estamos combatiendo, nosotros, aquí. Bien - dijo el papá -. Ahora quiero que sea también mi batalla».

El libro termina mal, Mendez –como se sabe– fue asesinado y décadas después de ese 22 de diciembre de 1988, la Amazonia continúa siendo saqueada. Pero Chico Mendes ha sembrado mucho y bien. Su batalla por la justicia y el respeto va en aumento, pero respira a pleno pulmón.

Se titula *La Humana Communitas en la era de la pandemia. Consideraciones intempestivas sobre el renacimiento de la vida* y es el segundo documento —el primero con fecha del 30 de marzo de 2020— que la Academia Pontificia para la Vida dedica a las consecuencias de la crisis sanitaria mundial y su interpretación. Publicamos, a continuación, el texto.

El Covid-19 ha traído tanta desolación al mundo. Lo hemos vivido durante mucho tiempo, todavía estamos en ello, y aun no ha terminado. Puede que se acabe ya pronto.

¿Qué hacer con ello? Seguramente, estamos llamados a tener valor para resistir. La búsqueda de una vacuna y de una explicación científica completa de lo que desencadenó la catástrofe habla de ello. ¿También estamos llamados a una mayor conciencia? Si es así, ¿cómo esta evitará que caigamos en la inercia de la complacencia, o peor aún, en la connivencia de la resignación? ¿Existe un “paso atrás” reflexivo que no sea la inacción, un pensamiento que pueda mutarse en agradecimiento por la vida recibida, por lo tanto, un pasaje para el renacimiento de la vida?

Covid-19 es el nombre de una crisis global (pandémica) con diferentes facetas y manifestaciones, por supuesto, pero con una realidad común. Nos hemos dado cuenta, como nunca antes, de que esta extraña situación, pronosticada desde hace tiempo, pero nunca abordada en serio, nos ha unido a todos. Como tantos procesos en nuestro mundo contemporáneo, el Covid-19 es la manifestación más reciente de la globalización. Desde una perspectiva puramente empírica, la globalización ha aportado muchos beneficios a la humanidad: ha difundido los conocimientos científicos, las tecnologías médicas y las prácticas sanitarias, todos ellos potencialmente disponibles en beneficio de todos. Al mismo tiempo, con el Covid-19, nos hemos encontrado vinculados de manera diferente, compartiendo una experiencia común de contingencia (cum- tangere): como nadie se ha podido librar de ella, la pandemia nos ha hecho a todos igualmente vulnerables, todos igualmente expuestos (cfr. Pontificia Academia

para la Vida, *Pandemia y fraternidad universal*, 30 de marzo 2020).

Esta toma de conciencia se ha cobrado un precio muy alto. ¿Qué lecciones hemos aprendido? Más aún, ¿qué conversión de pensamiento y acción estamos dispuestos a experimentar en nuestra responsabilidad común por la familia humana? (Francisco, *Humana Communitas*, 6 de enero 2019).

### 1. La dura realidad de las lecciones aprendidas

La pandemia nos ha mostrado el desolador espectáculo de calles vacías y ciudades fantasmagóricas, de la cercanía humana herida, del distanciamiento físico. Nos ha privado de la exuberancia de los abrazos, la amabilidad de los apretones de manos, el afecto de los besos, y ha convertido las relaciones en interacciones temerosas entre extraños, un intercambio neutral de individualidades sin rostro envueltas en el anonimato de los equipos de protección. Las limitaciones de los contactos sociales son aterradoras; pueden conducir a situaciones de aislamiento, desesperación, ira y abuso. En el caso de las personas de edad avanzada, en las últimas etapas de la vida, el sufrimiento ha sido aún más pronunciado, ya que a la angustia física se suma la disminución de la calidad de vida y la falta de visitas de familiares y amigos.

#### 1.1. Vida tomada, vida dada: la lección de la fragilidad

Las metáforas predominantes que ahora invaden nuestro lenguaje ordinario enfatizan la hostilidad y un sentido penetrante de amenaza: los repetidos estímulos para “combatir” el virus, los comunicados de prensa que suenan como “partes de guerra”, las informaciones diarias del número de infectados, que pronto se convierten en “víctimas caídas”.

En el sufrimiento y la muerte de tantos, hemos aprendido la lección de la fragilidad. En muchos países, los hospitales siguen luchando, recibiendo

demandas abrumadoras, enfrentando la agonía del racionamiento de recursos y el agotamiento del personal sanitario. La inmensa e indecible miseria, y la lucha por las necesidades básicas de supervivencia, ha puesto en evidencia la condición de los prisioneros, los que viven en la extrema pobreza al margen de la sociedad, especialmente en los países en desarrollo, los abandonados destinados al olvido en los campos de refugiados del infierno. Hemos sido testigos del rostro más trágico de la muerte: algunos experimentan la soledad de la separación tanto física como espiritual de todo el mundo, dejando a sus familias impotentes, incapaces de decirles adiós, sin ni siquiera poder proporcionar los actos de piedad básica como por ejemplo un entierro adecuado. Hemos visto la vida llegar a su fin, sin tener en cuenta la edad, el estatus social o las condiciones de salud. Sin embargo, todos somos “frágiles”: radicalmente marcados por la experiencia de la finitud en la esencia de nuestra existencia, no solo de manera ocasional. Hemos sido visitados por el suave toque de una presencia pasajera, pero esta nos ha dejado igual, no nos hemos inmutado, confiando en que todo continuará según lo previsto. Salimos de una noche de orígenes misteriosos: llamados a ir más allá de la elección, llegamos pronto a la presunción y a la queja, apropiándonos de lo que solamente nos ha sido confiado. Demasiado tarde aprendemos el consentimiento a la oscuridad de la que venimos, y a la que finalmente volvemos.

Algunos dicen que todo esto es un cuento absurdo, porque todo se queda en nada. Pero, ¿cómo podría ser esta nada la última palabra? Si es así, ¿por qué la lucha? ¿Por qué nos animamos unos a otros a la esperanza de días mejores, cuando todo lo que estamos experimentando en esta pandemia haya terminado?

La vida va y viene, dice el guardián de la prudencia cínica. Sin embargo, su ascenso y descenso, ahora más evidente por la fragilidad de nuestra condición humana, podría abrirnos a una sabiduría diferente, a una realización diferente (cfr. *Sal.* 8). Porque la dolo-

Consideraciones intempestivas sobre el renacimiento

# Humana communitas en la

rosa evidencia de la fragilidad de la vida puede también renovar nuestra conciencia de su naturaleza dada. Volviendo a la vida, después de saborear el fruto ambivalente de su contingencia, ¿no seremos más sabios? ¿No seremos más agradecidos, menos arrogantes?

### 1.2. El sueño imposible de la autonomía y la lección de la finitud

Con la pandemia, nuestros reclamos de autodeterminación autónoma y control han llegado a un punto muerto, un momento de crisis que provoca un discernimiento más profundo. Tenía que suceder, tarde o temprano, porque el hechizo ya había durado bastante.

La epidemia del Covid-19 tiene mucho que ver con nuestra depredación de la tierra y el despojo de su valor intrínseco. Es un síntoma del malestar de nuestra tierra y de nuestra falta de atención; más aún, un signo de nuestro propio malestar espiritual (*Laudato si'*, n. 119). ¿Seremos capaces de colmar el foso que nos ha separado de nuestro mundo natural, convirtiendo con demasiada frecuencia nuestras subjetividades asertivas en una amenaza para la creación, una amenaza para los demás?

Consideremos la cadena de conexiones que unen los siguientes fenómenos: la creciente deforestación empuja a los animales salvajes a aproximarse del hábitat humano. Los virus alojados en los animales, entonces, se transmiten a los humanos, exacerbando así la realidad de la zoonosis, un fenómeno bien conocido por los científicos como vehículo de muchas enfermedades. La exagerada demanda de carne en los países del primer mundo da lugar a enormes complejos industriales de cría y explotación de animales. Es fácil ver cómo estas interacciones pueden, en última instancia, ocasionar la propagación de un virus a través del transporte internacional, la movilidad masiva de personas, los viajes de negocios, el turismo, etc.

El fenómeno del Covid-19 no es solo el resultado de acontecimientos na-

ento de la vida

# era de la pandemia

turales. Lo que ocurre en la naturaleza es ya el resultado de una compleja intermediación con el mundo humano de las opciones económicas y los modelos de desarrollo, a su vez “infectados” con un “virus” diferente de nuestra propia creación: es el resultado, más que la causa, de la avaricia financiera, la autocomplacencia de los estilos de vida definidos por la indulgencia del consumo y el exceso. Hemos construido para nosotros mismos un ethos de prevaricación y desprecio por lo que se nos da, en la promesa elemental de la creación. Por eso estamos llamados a reconsiderar nuestra relación con el hábitat natural. Para reconocer que vivimos en esta tierra como administradores, no como amos y señores.

Se nos ha dado todo, pero la nuestra es solo una soberanía otorgada, no absoluta. Consciente de su origen, lleva la carga de la finitud y la marca de la vulnerabilidad. Nuestro destino es una libertad herida. Podríamos rechazarla como si fuera una maldición, una condición provisional que será pronto superada. O podemos aprender una paciencia diferente: capaz de consentir a la finitud, de renovada permeabilidad a la proximidad del prójimo y a la lejanía.

Cuando se compara con la situación de los países pobres, especialmente en el llamado Sur Global, la difícil situación del mundo “desarrollado” parece más bien un lujo: solo en los países ricos la gente puede permitirse los requisitos de seguridad. En cambio, en los no tan afortunados, el “distanciamiento físico” es solo una imposibilidad debido a la necesidad y al peso de las circunstancias extremas: los entornos abarrotados y la falta de un distanciamiento asequible enfrentan a poblaciones enteras como un hecho insuperable. El contraste entre ambas situaciones pone de relieve una paradoja estridente, al relatar, una vez más, la historia de la desproporción de la riqueza entre países pobres y ricos.

Aprender la finitud y aceptar los límites de nuestra propia libertad es más que un ejercicio sobrio de realismo filosófico. Implica abrir nuestros ojos a la realidad de los seres humanos

que experimentan tales límites en su propia carne, por así decirlo: en el desafío diario de sobrevivir, para asegurarse las condiciones mínimas a la subsistencia, alimentar a los niños y miembros de la familia, superar la amenaza de enfermedades a pesar de no tener acceso a los tratamientos por ser demasiado caros. Tengamos en cuenta la inmensa pérdida de vidas en el Sur Global: la malaria, la tuberculosis, la falta de agua potable y de recursos básicos siguen sembrando la destrucción de millones de vidas por año, una situación que se conoce desde hace décadas. Todas estas dificultades podrían superarse mediante esfuerzos y políticas internacionales comprometidas. ¡Cuántas vidas podrían salvarse, cuántas enfermedades podrían ser erradicadas, cuánto sufrimiento se evitaría!

### 1.3. El desafío de la interdependencia y la lección de la vulnerabilidad común

Nuestras pretensiones de soledad monástica tienen pies de barro. Con ellos se desmoronan las falsas esperanzas de una filosofía social atomista construida sobre la sospecha egoísta hacia lo diferente y lo nuevo, una ética de racionalidad calculadora inclinada hacia una imagen distorsionada de la autorrealización, impermeable a la responsabilidad del bien común a escala global, y no solo nacional.

Nuestra interconexión es un hecho. Nos hace a todos fuertes o, por el contrario, vulnerables, dependiendo de nuestra propia actitud hacia ella. Consideremos su relevancia a nivel nacional, para empezar. Aunque el Covid-19 puede afectar a todos, es especialmente dañino para poblaciones particulares, como los ancianos, o las personas con enfermedades asociadas y sistemas inmunológicos comprometidos. Las medidas políticas se toman para todos los ciudadanos por igual. Piden la solidaridad de los jóvenes y de los sanos con los más vulnerables. Piden sacrificios a muchas personas que dependen de la interacción pública y la actividad económica para su vida. En los países



más ricos estos sacrificios pueden compensarse temporalmente, pero en la mayoría de los países estas políticas de protección son simplemente imposibles.

Sin duda, en todos los países es necesario equilibrar el bien común de la salud pública con los intereses económicos. Durante las primeras etapas de la pandemia, la mayoría de los países se centraron en salvar vidas al máximo. Los hospitales, y especialmente los servicios de cuidados intensivos, eran insuficientes y solo se ampliaron después de enormes luchas. Sorprendentemente, los servicios de atención sobrevivieron gracias a los impresionantes sacrificios de médicos, enfermeras y otros profesionales de la sanidad, más que por la inversión tecnológica. Sin embargo, el enfoque en la atención hospitalaria desvió la atención de otras instituciones de cuidados. Las residencias de ancianos, por ejemplo, se vieron gravemente afectadas por la pandemia, y solo en una etapa tardía se dispuso de suficientes equipos de protección y test. Los debates éticos sobre la asignación de recursos se basaron principalmente en consideraciones utilitarias, sin prestar atención a las personas que experimentaban un mayor riesgo y una mayor vulnerabilidad. En la mayoría de los países se ignoró el papel de los médicos generales, mientras que para muchas personas son el primer contacto en el sistema de atención. El resultado ha sido un aumento de las muertes y discapa-

idades por causas distintas del Covid-19. La vulnerabilidad común exige también la cooperación internacional, así como entender que no se puede resistir una pandemia sin una infraestructura médica adecuada, accesible a todos a nivel mundial. Tampoco se puede abordar la difícil situación de un pueblo, infectado repentinamente, de manera aislada, sin forjar acuerdos internacionales, y con una multitud de diferentes interesados. El intercambio de información, la prestación de ayuda y la asignación de los escasos recursos deberán abordarse en una

sinergia de esfuerzos. La fuerza de la cadena internacional viene dada por el eslabón más débil.

La lección recibida espera una asimilación más profunda. Seguro que las semillas de esperanza se han sembrado en la oscuridad de los pequeños gestos, de los actos de solidaridad demasiado numerosos para contarlos, demasiado preciosos para difundirlos. Las comunidades han luchado honorablemente, a pesar de todo, a veces contra la ineptitud de su liderazgo político, para articular protocolos éticos, forjar sistemas normativos, recuperar vidas sobre ideales de solidaridad y solicitud recíproca. La apreciación unánime de estos ejemplos muestra una comprensión profunda del auténtico significado de la vida y una forma deseable de realización personal.

Sin embargo, no hemos prestado suficiente atención, especialmente a nivel mundial, a la interdependencia humana y a la vulnerabilidad común. Si bien el virus no reconoce fronteras, los países han sellado sus fronteras. A diferencia de otros desastres, la pandemia no afecta a todos los países al mismo tiempo. Aunque esto podría ofrecer la oportunidad de aprender de las experiencias y políticas de otros países, los procesos de aprendizaje a nivel mundial fueron mínimos. De hecho, algunos países han entablado a veces un cínico juego de culpas recíprocas.

VIENE DE LA PÁGINA 5

La misma falta de interconexión puede observarse en los esfuerzos por desarrollar remedios y vacunas. La falta de coordinación y cooperación se reconoce cada vez más como un obstáculo para abordar el Covid-19. La conciencia de que estamos juntos en este desastre, y de que solo podemos superarlo mediante los esfuerzos cooperativos de la comunidad humana en su conjunto, esta mulando los esfuerzos compartidos. El establecimiento de proyectos científicos transfronterizos es un esfuerzo que va en esa dirección. También debe demostrarse en las políticas, mediante el fortalecimiento de las instituciones internacionales. Esto es particularmente importante, ya que la pandemia está aumentando las desigualdades e injusticias ya existentes, y muchos países que carecen de los recursos y servicios para hacer frente adecuadamente al Covid-19 dependen de la asistencia de la comunidad internacional.

## 2. Hacia una nueva visión: El renacimiento de la vida y la llamada a la conversión

Las lecciones de fragilidad, finitud y vulnerabilidad nos llevan al umbral de una nueva visión: fomentan un espíritu de vida que requiere el compromiso de la inteligencia y el valor de la conversión moral. Aprender una lección es volverse humilde; significa cambiar, buscando recursos de significado hasta ahora desaprovechados, tal vez repudiados. Aprender una lección es volverse consciente, una vez más, de la bondad de la vida que se nos ofrece, liberando una energía que va más allá de la inevitable experiencia de la pérdida, que debe ser elaborada e integrada en el significado de nuestra existencia. ¿Puede ser esta



# Humana communitas en la era de la pandemia

ocasión la promesa de un nuevo comienzo para la humana communitas, la promesa del renacimiento de la vida? Si es así, ¿en qué condiciones?

## 2.1. Hacia una ética del riesgo

Debemos llegar, en primer lugar, a una renovada apreciación de la realidad existencial del riesgo: todos nosotros podemos sucumbir a las heridas de la enfermedad, a la matanza de las guerras, a las abrumadoras amenazas de los desastres. A la luz de esto, surgen responsabilidades éticas y políticas muy específicas respecto a la vulnerabilidad de los individuos que corren un mayor riesgo en su salud, su vida, su dignidad. El Covid-19 podría considerarse, a primera vista, solo como un determinante natural, aunque ciertamente sin precedentes, del riesgo mundial. Sin embargo, la pandemia nos obliga a examinar una serie de factores adicionales, todos los cuales entrañan un reto ético polifacético. En este contexto, las decisiones deben ser proporcionales a los riesgos, de acuerdo con el principio de precaución. Centrarse en la génesis natural de la pandemia, sin tener en cuenta las desigualdades económicas, sociales y políticas entre los países del mundo, es no entender las condiciones que hacen que su

propagación sea más rápida y difícil de abordar. Un desastre, cualquiera que sea su origen, es un desafío ético porque es una catástrofe que afecta a la vida humana y perjudica la existencia humana en múltiples dimensiones.

En ausencia de una vacuna, no podemos contar con la capacidad de derrotar permanentemente al virus que causó la pandemia, salvo por agotamiento espontáneo de la fuerza patológica de la enfermedad. Por lo tanto, la inmunidad contra el Covid-19 sigue siendo una especie de esperanza para el futuro. Esto también significa reconocer que vivir en una comunidad en riesgo exige una ética a la par de la perspectiva de que tal situación pueda realmente convertirse en realidad.

Al mismo tiempo, es necesario dar cuerpo a un concepto de solidaridad que vaya más allá del compromiso genérico de ayudar a los que sufren. Una pandemia nos insta a todos a abordar y remodelar las dimensiones estructurales de nuestra comunidad mundial que son opresivas e injustas, aquellas a las que en términos de fe se les llama "estructuras de pecado". El bien común de la comunidad humana no puede lograrse sin una verdadera conversión de las mentes y los corazones (*Laudato si'*, 217-221). El llamamiento a la conversión se dirige a nuestra

responsabilidad: su miopía es imputable a nuestra falta de voluntad de mirar la vulnerabilidad de las poblaciones más débiles a nivel mundial, y no a nuestra incapacidad de ver lo que es tan obviamente claro. Una apertura diferente puede ampliar el horizonte de nuestra imaginación moral, para incluir finalmente lo que ha sido descaradamente pasado por alto y relegado al silencio.

## 2.2. El llamamiento a los esfuerzos mundiales y a la cooperación internacional

Los contornos básicos de una ética del riesgo, basada en un concepto más amplio de solidaridad, implican una definición de comunidad que rechaza cualquier provincialismo, la falsa distinción entre los que están dentro, es decir, los que pueden exhibir una pretensión de pertenecer plenamente a la comunidad, y los que están fuera, es decir, los que pueden esperar, en el mejor de los casos, una suelta participación en ella. El lado oscuro de esa separación debe ponerse de relieve como una imposibilidad conceptual y una práctica discriminatoria. No se puede considerar que nadie esté simplemente "a la espera" del reconocimiento pleno de su estatus, como si estuviera a las puertas de la humana communitas. El acceso a una atención de salud de calidad

y a los medicamentos esenciales debe reconocerse como un derecho humano universal (cfr. *Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos*, art. 14). De esta premisa se desprenden lógicamente dos conclusiones.

La primera se refiere al acceso universal a las mejores oportunidades de prevención, diagnóstico y tratamiento, más allá de su restricción a unos pocos. La distribución de una vacuna, una vez que esté disponible en el futuro, es un punto en el caso. El único objetivo aceptable, coherente con una asignación justa de la vacuna, es el acceso para todos, sin excepciones.

La segunda conclusión se refiere a la definición de la investigación científica responsable. Está mucho en juego y los temas son complejos. Cabe destacar tres de ellos. Primero, con respecto a la integridad de la ciencia y las nociones que impulsan su avance: el ideal de objetividad controlada, si no totalmente "desapegada"; y el ideal de libertad de investigación, especialmente la libertad de conflictos de intereses. En segundo lugar, está en juego la naturaleza misma del conocimiento científico como práctica social, definida, en un contexto democrático, por normas de igualdad, libertad y equidad. En particular, la libertad de investigación científica no debe incluir la adopción de decisiones políticas en su esfera de influencia. La toma de decisiones políticas y el ámbito de la política en su conjunto mantienen su autonomía frente a la usurpación del poder científico, especialmente cuando este se convierte en una manipulación de la opinión pública. Por último, lo que se cuestiona aquí es el carácter esencialmente "fiduciario" del conocimiento científico en su búsqueda de resultados socialmente beneficiosos, espe-



VIENE DE LA PÁGINA 6

cialmente cuando el conocimiento se obtiene mediante la experimentación en seres humanos y la promesa de un tratamiento probado en ensayos clínicos. El bien de la sociedad y las exigencias del bien común en el ámbito de la atención de la salud se anteponen a cualquier preocupación por el lucro. Y esto porque las dimensiones públicas de la investigación no pueden ser sacrificadas en el altar del beneficio privado. Cuando la vida y el bienestar de una comunidad están en juego, el beneficio debe pasar a un segundo plano.

La solidaridad se extiende también a cualquier esfuerzo de cooperación internacional. En este contexto, la Organización Mundial de la Salud (OMS) ocupa un lugar privilegiado. Profundamente arraigada en su misión de dirigir la labor internacional en materia de salud está la noción de que solo el compromiso de los gobiernos en una sinergia mundial puede proteger, fomentar y hacer efectivo un derecho universal al más alto nivel posible de salud. Esta crisis pone de relieve lo mucho que se necesita una organización internacional de alcance mundial, que incluya específicamente las necesidades y preocupaciones de los países menos adelantados que se enfrentan a una catástrofe

sin precedentes. La estrechez de miras de los intereses nacionales ha llevado a muchos países a reivindicar para sí mismos una política de independencia y aislamiento del resto del mundo, como si se pudiera hacer frente a una pandemia sin una estrategia mundial coordinada. Esa actitud podría dar una idea de la subsidiariedad y de la importancia de una intervención estratégica basada en la pretensión de que una autoridad inferior tenga precedencia sobre cualquier autoridad superior, más distante de la situación local. La subsidiariedad debe respetar la esfera legítima de la autonomía de las comunidades, potenciando sus capacidades y responsabilidad. En realidad, la actitud en cuestión se alimenta de una lógica de separación que, para empezar, es menos eficaz contra el Covid-19. Además, la desventaja no solo es de facto corta de miras, sino que también da lugar a un aumento de las desigualdades y a la exacerbación de los desequilibrios de recursos entre los distintos países. Aunque todos, ricos y pobres, son vulnerables al virus, estos últimos están obligados a pagar el precio más alto y a soportar las consecuencias a largo plazo de la falta de cooperación. Es evidente que la pandemia está empeorando las desigualdades que ya están asociadas a los procesos de

globalización, haciendo que más personas sean vulnerables y estén marginadas, desprovistas de atención sanitaria, empleo y redes de seguridad social.

### 2.3. El equilibrio ético centrado en el principio de solidaridad

En última instancia, el significado moral, y no solo estratégico, de la solidaridad es el verdadero problema en la actual encrucijada a la que ha de hacer frente la familia humana. La solidaridad conlleva la responsabilidad hacia el otro que está en una situación de necesidad, que se basa en el reconocimiento de que, como sujeto humano dotado de dignidad, cada persona es un fin en sí mismo, no un medio. La articulación de la solidaridad como principio de la ética social se basa en la realidad concreta de una presencia personal en la necesidad, que clama por su reconocimiento. Así pues, la respuesta que se nos pide no es solo una reacción basada en nociones sentimentales de simpatía; es la única respuesta adecuada a la dignidad del otro que requiere nuestra atención, una disposición ética basada en la aprehensión racional del valor intrínseco de todo ser humano.

Como un deber, la solidaridad no viene gratis, sin costo, y es necesaria la disposición de los países ricos a pagar el precio requerido por el llamado a la supervivencia de los pobres y la sostenibilidad de todo el planeta. Esto es válido tanto de manera sincrónica, con respecto a los distintos sectores de la economía, como diacrónica, es decir, en relación con nuestra responsabilidad por el bienestar de las generaciones futuras y la medición de los recursos disponibles.

## Humana communitas en la era de la pandemia

Todos estamos llamados a hacer nuestra parte. Mitigar las consecuencias de la crisis implica renunciar a la noción de que “la ayuda vendrá del gobierno”, como si fuera un *deus ex machina* que deja a todos los ciudadanos responsables fuera de la ecuación, intocables en su búsqueda de intereses personales. La transparencia de la política y las estrategias políticas, junto con la integridad de los procesos democráticos, requieren un enfoque diferente. La posibilidad de una escasez catastrófica de recursos para la atención médica (materiales de protección, equipos de test, ventilación y cuidados intensivos en el caso del Covid-19), podría utilizarse como ejemplo. Ante los trágicos dilemas, los criterios generales de intervención, basados en la equidad en la distribución de los recursos, el respeto de la dignidad de toda persona y la especial atención a los vulnerables, deben esbozarse de antemano y articularse en su plausibilidad racional con el mayor cuidado posible.

La capacidad y la voluntad de equilibrar principios que podrían competir entre sí es otro pilar esencial de una ética del riesgo y la solidaridad. Por supuesto, el primer deber es proteger la vida y la salud. Aunque una situación de riesgo cero sigue siendo una imposibilidad, respetar el distanciamiento físico y frenar, si no detener totalmente, ciertas actividades han producido efectos dramáticos y duraderos en la economía. Habrá que tener en cuenta también el costo de la vida privada y social. Se plantean dos cuestiones cruciales. La primera se refiere al umbral de riesgo aceptable, cuya aplicación no puede producir efectos discriminatorios con respecto a las condiciones de poder y riqueza. La protección básica y la disponibilidad de medios de

diagnostico deben ofrecerse a todos, de acuerdo con un principio de no discriminación.

La segunda aclaración decisiva se refiere al concepto de “solidaridad en el riesgo”. La adopción de reglas específicas por una comunidad requiere una atención a la evolución de la situación en el campo, tarea que solo puede llevarse a cabo mediante un discernimiento fundado en la sensibilidad ética, y no solo en la obediencia a la letra de la ley. Una comunidad responsable es aquella en la que las cargas de la cautela y el apoyo recíproco se comparten proactivamente con miras al bienestar de todos. Las soluciones jurídicas a los conflictos en la asignación de la culpabilidad y la responsabilidad por mala conducta o negligencia voluntarias son a veces necesarias como instrumento de justicia. Sin embargo, no pueden sustituir a la confianza como sustancia de la interacción humana. Solo esta última nos suiará a través de la crisis, ya que solo sobre la base de la confianza puede la humana communitas finalmente florecer. Estamos llamados a una actitud de esperanza, más allá del efecto paralizante de dos tentaciones opuestas: por un lado, la resignación que sufre pasivamente los acontecimientos; por otro, la nostalgia de un retorno al pasado, solo anhelando lo que había antes. En cambio, es hora de imaginar y poner en práctica un proyecto de convivencia humana que permita un futuro mejor para todos y cada uno. El sueño recientemente descrito para la región amazónica podría convertirse en un sueño universal, un sueño para todo el planeta que “integre y promueva a todos sus habitantes para que puedan consolidar un «buen vivir»” (*Querida Amazonia*, 8).